

Desplome o decadencia filosófica: ¿una crisis inactual?

María Elizabeth Mejía Muñoz*

Es cierto que, en el museo de Orsay, la obra de Ónice goza de un resplandor por su temerario título: “La naturaleza descubriéndose ante la ciencia”, pero se olvidan que los primeros filósofos conocidos como filósofos de la *physis* ya habían construido la relación filosofía-ciencia. Por ejemplo, Demócrito, filósofo sobre los devenires o cambios en la naturaleza, deja claro que todo lo que se mueve está en un constante devenir. Con esa teoría queda enmarcado un eterno retorno entre las ciencias y la filosofía; los cambios son constantes, además se permiten giros en las miradas desde la filosofía como desde las ciencias. Están en un constante devenir unidas entre sí.

Las ciencias, desde que inició su desapego de la filosofía, siempre han estado en revoluciones; no así la filosofía, sus movimientos son más lentos, pero certeros. Aunque Azcárraga sostenga que: “(...) la filosofía no atraviesa hoy su época de mayor esplendor” (2002, p. 1), da a entender que su lentitud cambiante no va a la par con las ciencias, por el hecho que la filosofía como disciplina no da respuestas inmediatas, se toma el tiempo necesario para debatir los errores que dejan las ciencias en su progreso. Popper sostiene que:

Sin embargo, mi opinión del asunto –valga lo que valiere– es que no existe, en absoluto, un método lógico de tener nuevas ideas, ni una reconstrucción lógica de este proceso. Puede expresarse mi parecer diciendo que todo descubrimiento contiene “un elemento irracional” o “una intuición creadora” en el sentido de Bergson. Einstein habla, de un modo parecido, de la “búsqueda de aquellas leyes sumamente universales (...) a partir de las cuales puede obtenerse una imagen del mundo por pura deducción. No existe una senda lógica –dice– que encamine a estas (...) leyes. Sólo pueden alcanzarse por la intuición, apoyada en algo así como una introyección (*Einfühlung*) de los objetos de la experiencia (1962, pp. 31-32).

La tesis de Popper es puntual porque sostiene que esa irracionalidad es interpretada o deconstruida por la filosofía; le da a la ciencia los elementos interpretativos para una mejor comprensión de lo que llama Bergson “una intuición creadora”. Para Popper, a cualquier teoría le es imposible sostener algo desde un mundo empírico, y sólo lo haría siempre y cuando se golpeará en sí misma, por lo cual entraría en problemática con ese mundo; de esos acontecimientos se encargaría la filosofía, valga decir, una

* Licenciada en Matemáticas de la Universidad Católica de Manizales. Magíster en Enseñanza de las Ciencias Naturales y Exactas de la Universidad Nacional de Colombia. Doctorante en Educación de la Universidad Baja California, México. Tutora del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, programa Todos a Aprender. Correo electrónico: elizabethmemu@gmail.com, Orcid: 0000-0002-1075-8910.

relación directa con la ciencia. Azcárraga lo afirma: “La filosofía debe estar, hoy, unida a la ciencia. La ciencia nos ayuda a comprender cómo son las cosas, no cómo nos parecen o desearíamos que fueran, y por tanto es, a largo plazo, más inmune a nuestras preconcepciones” (2002, p. 2).

Esa tesis debería plantearse, al contrario, la filosofía es la que conduce a comprender la ciencia y ver las cosas de la naturaleza como son y deben de ser, porque: “Lo que difícilmente pueden evitar los hombres (es que) son continuamente afectados por los cuerpos exteriores” (Spinoza, 2007, II, 47). Y es ahí que se haya la importancia del filosofar, interpretar y dar a conocer las cosas como son y deben de ser. En el texto de Bunge: *Filosofía para médicos* (2016), este plantea interrogantes como: ¿cómo puede ayudar o perjudicar la filosofía a la medicina? o ¿a qué se debe el atraso de la psiquiatría?, siendo la medicina ciencia y la psiquiatría una vertiente médica. Entonces, para dar respuestas, el médico debería saber de filosofía, porque la filosofía nace como medicina en un plano de inmanencia, como lo sostiene Deleuze (2008). La filosofía ha sido capaz de “esculpir tu propia estatua”, manifestó Hadot (2006, p. 47); pero esa escultura sería más fuerte si a su lado estuviera la ciencia.

Hadot plantea, en el texto *El velo de Isis* (2015), una propuesta bastante interesante con respecto a la interpretación que debe hacer el intelectual, el académico y más específicamente el estudioso de la filosofía al tratar de develar los intrínquilos que encierra el misterioso mundo de la naturaleza, en la medida en que dice que la naturaleza encierra misterios que aún el hombre no alcanza a comprender y que, por tanto, es pertinente que todo sujeto inquieto por el conocimiento, y en especial por las ciencias naturales y médicas, estaría convocado a profundizar en los laberintos de la naturaleza en aras de apropiarse, en primera instancia del conocimiento ignoto, y en segunda instancia para la comprensión del devenir existencial que, querámoslo o no, está influenciado por la información que nos brinda ella misma.

Por su parte manifiesta Colli, que Heráclito afirmó: “la naturaleza ama esconderse” (2008. p. 13). Ello debe entenderse y asumirse como un reto hacia la obligación por tratar de estudiar y comprender los misterios que la madre naturaleza encierra. La pregunta sería: ¿por qué y para qué adentrarnos o comprometernos con el estudio de los misterios naturales? La respuesta obedece a la necesidad de desentrañar los aportes que la naturaleza brinda, pero que aún continúan siendo ignotos, según Heráclito. Dicho en otras palabras, ¿cómo sería de válida la relación filosofía-ciencia para desentrañar lo oculto de esa naturaleza?

Si es así, cada disciplina estaría en la obligación de interpretar ese velo desconocido o que no permite ver o saber todos los misterios o, si se quiere, todo el conocimiento que el saber natural encierra. Es ahí donde el filósofo, el intelectual, el académico en sí estarían llamados a desempeñar un rol para la comprensión del andamiaje del conocimiento universal. Filosofía y ciencia no han estado distantes en sus ámbitos del saber; por un lado, la filosofía como ciencia primera de las cosas, según Aristóteles, ha brindado durante más de veinticinco siglos aportes invaluable con relación al surgimiento del pensamiento racional; la ciencia ha podido brindar sus aportes respecto a todas las concepciones del conocimiento que requieren de una rigurosidad y verificación demostrables.

Ambas disciplinas, aunque con sus objetos de estudio diferentes, no riñen entre ellas. Ello conduciría a entender que la filosofía continúa y continuará brindando conceptos inactuales para las sociedades y las ciencias de hoy.

Conflicto de intereses

La autora declara la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que los autores hagan en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de los autores.

Referencias

- Azcárraga, J. A. (2002). *Ciencia y filosofía*. Documento de trabajo.
- Bunge, M. (2016). *Filosofía para médicos*. Madrid, España: Gedisa.
- Colli, G. (2008). *La naturaleza ama esconderse*. Madrid, España: Biblioteca de Ensayos Siruela.
- Deleuze, G. (2008). *Dos regímenes de locos*. Barcelona, España: Pre-textos.
- Hadot, P. (2006). *Ejercicios espirituales*. Madrid, España: Siruela.
- Hadot, P. (2015). *El velo de Isis*. Barcelona, España: Ediciones Alpha Decay.
- Popper, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Madrid, España: Tecnos.
- Spinoza, B. (2007). *Obras completas*. Valencia, España: Alianza Editorial.